

Thomas GRONEBERG, “Capítulo 3” de *One Good Horse*¹

Traducido por Ethel Moirón Fernández-Felechosa
Universidad de Valladolid

INTRODUCCIÓN

Corría el año 1966, cuando nace Thomas Groneberg. Creció y se educó en la ciudad del viento, conocida por Chicago. Se graduó en la Universidad de Illinois, en Urbana –Champaign, especializándose en lengua inglesa (*English Studies*); más tarde, se trasladó al Oeste para trabajar y pensar en lo que quería y deseaba, en el mundo de los ranchos. Todavía, le sobraba tiempo, a este laureado escritor estadounidense, para publicar dos libros, cuyas temáticas son su mundo, el de los vaqueros; precisamente, por el primero de estos libros *The Secret Life of Cowboys* (2007), recibió el *Honor Award*, otorgado por *Montana Book Awards*. Por el segundo, *One Good Horse* (2008) obtuvo las mejores críticas literarias. Este prolífero escritor colaboró con diversos artículos en múltiples publicaciones; especial mención merecen: *Men’s Journal*, *Big Sky Journal*, *Out* o *Sports Afield*. Actualmente, Thomas vive al Noroeste de Montana, con su mujer, sus tres hijos y, por supuesto, dedicándose a convivir y a investigar el mundo de su caballo, Blue.

¹ Thomas Groneberg: *One Good Horse*. New York: Scribner, 2006, pp 107-109.

Capítulo 3

En el Valle Warner, los maravillosos caballos galopaban a través de los duros y secos campos de heno en la época estival antes del amanecer, el eco de sus pezuñas retumbaban en la tierra mientras yo les fustigaba, a través de las neblinas, hacia el corral hecho con sauce situado en algún campo de heno. Podía verme reflejado en esas enormes criaturas. Si amaban este mundo como parecía, en esas mañanas cuando nuestro aliento se empaña ante nosotros, entonces yo también.

— William Kittredge,
The Nature of Generosity

El potro se revuelca sobre el serrín fresco, el olor impregna su cabeza. Dobla sus patas bajo su cuerpo, se levanta y se sacude. No hay ninguna brisa que mueva el polvo que se levanta de su piel y se asienta a lo largo de su lomo, su crin y en el suelo del compartimento. Él camina hacia la abertura contigua a la puerta del compartimento y olfatea. En el compartimento adyacente, el gran semental de tiro inclina su cabeza a un lado, para alcanzar a través del espacio entre el compartimento y la tabla que ha sido clavada sobre la abertura, y mordisquea el hocico del potro, luego chilla y da coces contra la pared detrás de él.

El potro se retira. Nunca ha estado en un edificio cerrado en toda su vida. Sin sentir viento. Sin ver el sol, ni la luna ni las estrellas. El sonido de un ratón correteando. Arriba, las garras de un ave rayando el tejado de metal, resonando contra el suelo de hormigón.

Y ahora la pequeña puerta del establo se abre. El semental relincha. Sin embargo, éste no es el hombre que les alimenta por la mañana. Este hombre tira de la cuerda que abre la gran puerta situada sobre sus cabezas y la luz del día inunda el establo. Es casi como estar fuera ahora, pero no lo es. El hombre da marcha atrás introduciendo una camioneta azul en el establo, después sale. Coge un cinturón de herramientas de la cama de la camioneta y lo abrocha alrededor de su cintura. Mide las tablas y las marca. La sierra circular se enciende con mucho ruido, atravesando rápidamente la tabla cuando el hombre la corta a su talla. El olor a serrín, otra vez. El hombre martillea las tablas en su lugar, enmarcando la puerta de la oficina. Cuando el hombre hace un descanso para comer, se quita su cinturón de herramientas y abre la puerta de su camioneta y

deja el cinturón en el asiento delantero. Da la vuelta, entrecerrando los ojos y camina hacia el segundo compartimento. Sorprendido de ver otro animal en el establo, observa al flacucho potro color café y pregunta: “Entonces, ¿de quién eres tú?”

Después de que los bebés se levanten de la siesta matutina, Jennifer manda a Carter a guardar sus deberes del colegio y comemos. Sándwiches de queso a la plancha, zumo de manzana y fresas frescas. Después, Jennifer me besa en la mejilla, me dice “conduce con cuidado”, y me deja marchar.

Ella me está dando este tiempo, este espacio, para ir al rancho, y yo soy simplemente lo suficiente egoísta para aceptarlo. El caballo es la excusa para salir de casa, para escapar de los pañales y las babas, de la tristeza del rostro sonriente de Avery. Lo que sucedió el verano pasado — el nacimiento prematuro de los chicos y el diagnóstico de Avery — no fue la culpa de nadie, pero a veces pienso que Jennifer se siente responsable. Los innumerables viajes al hospital de Missoula, luego las interminables noches permaneciendo levantados con los bebés llorosos, todo ello es más de lo que nunca esperábamos. Ahora aunque parece que nuestra familia lo ha superado de una pieza, Jennifer me da este pedacito de libertad. Podría racionalizar el tiempo que pasaré con el potro diciendo que algún día los chicos serán capaces de montarlo, pero sé que este caballo es sólo para mí. Es mi manera de recuperar el año pasado.

Conduzco hacia el sur, pasando el antiguo pasto del potro, la hierba creciendo alta, verde y salvaje con la ausencia de caballos. A través del pueblo de dos semáforos, pasando la tienda de Bob, y subiendo por la orilla occidental del lago. En la salida de la pista de grava antes de llegar a Big Arm, un coche está aparcado y la gente está haciendo fotos de la Isla Wild Horse en la distancia. El cielo es de un azul más claro que las montañas.

Tres yeguas Oberlander propiedad de Bob y sus potros están de pie alrededor del pequeño estanque embarrado, en el portón, bajo la casa de Bob. Los potros son tontos y torpes, galopando alrededor de la orilla del agua antes de esconderse detrás de sus madres. Observando a las yeguas, puedo ver en lo que se convertirán los jóvenes potros. Estos caballos son magníficos, más grandes que la vida.